

CONCIERTO PARA BALLENAS VARADAS EN LA PLAYA

Seudónimo: Frances Glass

*Muchas veces me había preguntado
qué pasaría si estuvieras vivito y coleando
pero parecieras muerto y estuvieras rodeado
por vivos que creyeran que estabas muerto
y no tuvieras ninguna forma de comunicarles
que no lo estabas.*

*Se parecería mucho a cómo
es la vida ahora mismo.*

Sam Shepard

PRIMER MOVIMIENTO

Se llama Emilia. O Cristina o Nerea o Paula o Gabriela. También hay posibles nombre compuestos, como María Elena, Ana Patricia y Luna Isabel. Incluso un día se atrevió con uno francés: Camille. Estoy casi seguro de que nunca ha repetido un nombre y estoy casi seguro de que ninguno de ellos es real. El primero que dijo, hace ya más de seis meses, fue Emilia. Por eso en mi cabeza es Emilia. Llegó el mismo día que la noticia de las ciento cuarenta y cinco ballenas muertas en Nueva Zelanda. Parece una persona genial y verdaderamente triste. Desearía a la vez que tuviera y que no tuviera miedo de confesarme cómo se llama en realidad. Lo único que sé de ella, porque no ha podido ocultar la cicatriz, es que en algún momento de su vida le picó una víbora en la parte interior del brazo izquierdo.

A mí la víbora me picó en el tobillo cuando tenía once años.

Me gustaría decirle a Emilia que a mí también me picó una víbora. Preguntarle si ella pasó semanas en el hospital al igual que yo. Si ese hospital en el que quizás estuvo fue el mismo en el que estuve yo. Si en las paredes había cuadros de crisantemos. Si cayó en la cuenta, mientras los observaba, de que los crisantemos son las flores que se les lleva a los muertos y, por lo tanto, si pensó que en ese hospital estaban retratando el presagio de un mal final. O de un final a secas.

Me gustaría decirle a Emilia que la escucho desde recepción, cada noche, y que deseo a la vez que llegue ese momento y que no llegue.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Emilia y yo pasamos el mismo tiempo en la playa y el mismo tiempo en el hotel este verano. En los dos lugares está desnuda e intuyo que siempre se siente sola aunque en el hotel esté acompañada. Observo su cuerpo desde la distancia, cuando está entrando en el agua, y pienso que el futuro está en algún lugar pero que nosotros nunca hemos estado en él.

Comemos a las doce del mediodía, cada uno en su toalla, sandía y cerezas. Ella sandía y yo cerezas. Sacamos nuestra fruta de una bolsa de plástico transparente y, cuando la terminamos, su bolsa está llena de pepitas negras y la mía de huesos marrones. La tiramos a la misma papelera, al salir, y creo que eso es lo más parecido a estar juntos.

Emilia y yo nunca vamos a estar juntos y esto solo lo sé porque ella me lo dijo. Me dijo *no* — miró mi placa para saber cómo me llamo —, *Darío, tú y yo no podemos estar juntos*. Después el hombre con el que había llegado al hotel salió del baño y me dio una propina por haberles llevado a la habitación una botella de Eristoff Red.

Cada vez que veo a Emilia de cerca me siento como el rey de diamantes, que es el único rey que está de perfil.

TERCER MOVIMIENTO

Hoy he soñado que era un saltamontes y me he despertado al revés en la cama.

Emilia ha robado en el hotel dos toallas, cuatro bombillas, un secador de pelo y una funda de almohada. Me lo ha dicho Laura, la chica de la limpieza, y yo he apuntado en la ficha del ordenador que la chica de la limpieza había robado en la habitación y le había echado la culpa al cliente. No es la primera vez que esto pasa y como la cosa siga así, acabarán echando a Laura. Carmen, la dueña, dice que la pobre Laura tiene dos hijas estudiando bellas artes y que habrá que tener algo más de paciencia.

Emilia se lo ha metido todo en el bolso y ha salido sola porque el hombre con el que estaba se ha marchado antes. Siempre que dejan sola a Emilia en la habitación del hotel, roba. Me imagino su habitación de casa exactamente igual que las del hotel. Pienso que algún día me va a robar a mí como si fuese una cosa más, pero eso nunca ocurre. Solamente coge las cosas de la habitación que le caben en el bolso y se marcha, tranquila, con sus andares de chica genial y verdaderamente triste.

He pensado en decirle que a los dos nos picó una víbora porque siempre que la veo sola considero que es el momento oportuno. *Emilia, a mí también me picó una víbora.*

Y entonces descubrirme el tobillo para enseñarle mi picadura. *Róbame a mí. Deja de quedar con todos estos hombres. Eres joven y no debes morir todavía. Puedo arreglarlo. De verdad, puedo arreglar lo que ha ocurrido. Puedo transformarme en un saltamontes y que nos despertemos al revés en la cama.*

CUARTO MOVIMIENTO

A veces, cuando estoy tumbado en la orilla, me acuerdo de las ciento cuarenta y cinco ballenas varadas en las playas de Nueva Zelanda el noviembre pasado. Las encontró un excursionista que pasaba por casualidad. Decenas de cadáveres de ballenas y ballenas agonizando a punto de ser, también, cadáveres. Recuerdo la noticia en la televisión y recuerdo a Emilia entrando en el hotel por primera vez.

Emilia se ha metido en el agua muy rápido. Se ha levantado de repente, ha corrido desde su toalla hasta el mar y no ha parecido que el contacto con el agua fría le produjese efecto alguno. Alucinante. Llevaba el pelo suelto y, después de mojárselo, se le ha quedado pegado a la espalda como si fuese el dibujo en relieve de su propia piel. *Solo te pido que no te vayas donde no pueda seguirte.* No sé si esto lo he dicho o lo he pensado.

A las doce del mediodía nos hemos comido, cada uno en su lugar, la sandía y las cerezas. Ella la sandía y yo las cerezas. Durante un rato me he quedado tan embobado mirándola que no me he dado cuenta de que me estaba tragando los huesos también.

Lo que más miedo me da en el mundo es encontrarme el cadáver de una ballena cuando llegue mañana, temprano, a la playa.

QUINTO MOVIMIENTO

Emilia se ha quedado dormida. Eran ya las tres de la madrugada y no había salido de la habitación. Yo sabía que estaba sola porque el hombre con el que llegó se había marchado a las doce y me había dado una propina considerable. Cuando ya habían pasado tres horas y Emilia no salía de la habitación para irse a su casa, como hace siempre, he pensado que quizás el hombre de la propina la había asesinado y la propina era, en realidad, un salario para que enterrase el cuerpo de Emilia.

Al pensar en el cuerpo de Emilia inerte se me ha puesto la piel de gallina.

He caminado tembloroso hasta la puerta de su habitación y he llamado primero con el mayor sigilo posible y luego histérico. *No hay quien consiga despertarme si me duermo profundamente*, me ha explicado después, cuando he entrado en la habitación y la he cogido fuerte por un hombro mientras decía su nombre. Mientras decía *¡Emilia!*, que yo sé que no es su nombre. *Perdona, creo que la habitación estaba pagada para dos horas, ¿no?*, ha dicho aún aturdida. Y ha mirado hacia los dos billetes de cien euros que había sobre la mesilla de noche. Mientras ella miraba el dinero yo la miraba a ella, desnuda entre las sábanas.

He querido preguntarle *¿por cuánto?*, pero por mi boca se ha escapado un *¿cuál?*

¿Cuál qué?, ha respondido, extrañada. *Que cuál de todos es tu nombre.*